

Joseph Thomas S. J. * Estado actual de la Investigación sobre el Sentido Teológico del Trabajo

Tres han sido las pistas seguidas en busca de una aclaración sobre el sentido teológico del trabajo: la vía penitencial, la creacionista, la escatológica; el trabajo humano como castigo, como colaboración en la obra creadora de Dios, como entrega de la vida a la meta final del progreso: la recapitulación de todas las cosas en Cristo resucitado. Las dos primeras perspectivas ofrecen elementos positivos, pero son parciales y abstractas. En estos momentos es la tercera perspectiva la que ofrece mayores posibilidades.

No hace sino poco más de un siglo que el trabajo ha llegado a ser objeto de una reflexión sistemática por parte de los pensadores. Es legítimo sorprenderse del retraso y de las incertidumbres que pesan todavía en el esfuerzo para dar una significación religiosa, más aún, una significación cristiana, al trabajo de los hombres. Es más fácil encontrar invitaciones fervorosas a elaborar una teología del trabajo, que un conjunto coherente de reflexiones que sitúen el trabajo del hombre en el conjunto del plan de Dios conocido a la luz de la revelación.

El intento es reciente en la Iglesia. Es uno de los campos en que las investigaciones hechas sistemáticamente en las obras de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, ha conducido al balance más pobre en su resultado. Se encuentra, es verdad, buen número de alusiones en las Homilias de los Pastores, pero ninguna construcción de conjunto. San Agustín y Santo Tomás, ambos, han abordado el problema desde un ángulo especial: el del trabajo de los monjes. Comentan, en diversos sentidos, las afirmaciones de San Pablo sobre su propio trabajo y sobre el derecho, a que había renunciado voluntariamente, de dejarse susten-

* Consiliario nacional de la Acción Católica francesa de empresarios, ingenieros, profesionales de la Economía.

tar por sus fieles. Es necesario esperar a las grandes Encíclicas Sociales para leer, en los escritos de los Papas, exposiciones teológicas sobre el trabajo humano. Juan XXIII en particular, ha proporcionado en «Mater et Magistra» importantes elementos, al mostrar el lazo de unión del trabajo con el desarrollo de la persona y al indicar el papel que juega el trabajo del hombre en la edificación del Cuerpo de Cristo.

Pero, es preciso anotar además, una tal empresa está expuesta a dificultades especiales por razón de la imprecisión misma del objeto a que el intento se refiere. ¿Qué se quiere designar exactamente cuando se habla de trabajo? La realidad misma que esta palabra encierra es diversa, y, sobre todo, ha conocido una rápida evolución que hace caducos muchos escritos, menos sólidos que fervientes, consagrados a la belleza y al valor espiritual del trabajo manual. En realidad, hay que notar que entre la «fabricación» individual, en la que el vínculo entre la materia y el artesano es inmediato y la «producción» que es un fenómeno social, la distancia es grande. Al introducir la fiesta litúrgica de «San José Artesano», la Iglesia ha hecho prueba de un sentido histórico muy despierto. Pero con esta decisión, no ha dado derecho de ciudadanía a la realidad actual del trabajo, obra colectiva de producción en la que la relación de cada uno a la naturaleza reviste formas muy diversas y no tiene nada de común con el trabajo artesanal del pasado.

Tampoco los teólogos que se esfuerzan por desvelar la significación religiosa del trabajo humano están siempre totalmente seguros de que es del trabajo actual del que ellos hablan.

Se encuentran, en fin, al intentar dar una respuesta a este problema, pistas diferentes, seguidas por investigadores de otro tiempo que dan a la empresa una coloración radicalmente diferente.

Estas pistas se pueden reducir a tres: la primera es la vía penitencial; la segunda, la vía creacionista, y la última, la más reciente, es un ensayo escatológico.

I.—La perspectiva penitencial.

El trabajo es para el hombre un castigo. Castigo del pecado, se convierte, en virtud de la redención, en un medio de rescate sobrenatural.

La tesis es clara: fundamenta su autoridad en las palabras mismas del Génesis (3,17-19). Y está de acuerdo con la experiencia de los hombres para quienes el trabajo continuará siempre un combate difícil contra una naturaleza hostil que no puede ser vencida sin que se pague cara esta victoria. Tal vez haya que añadir que, si esta tesis ha encontrado un eco tan grande en los escritos de ciertos Padres Latinos, particularmente de San Agustín, ha sido en virtud de las condiciones técnicas y sociales de su época. Porque es cierto que en la an-

tigüedad el trabajo ha consistido con demasiada frecuencia en el suministro de una energía barata; la energía muscular humana. Para la inmensa mayoría de los trabajadores, el trabajo merecía entonces plenamente su nombre, es decir, conforme la etimología, «instrumento de tortura» (Tripalium). Los Padres de la Iglesia tenían por otra parte sensibilidad para comprender el tremendo coste humano de las grandes empresas de las que el mundo antiguo se sentía orgulloso. La labor aplastante de unos permitía a la minoría el disfrutar de estas audaces realizaciones.

En todo caso, es cierto que el trabajo quedará siempre marcado con este signo negativo. Siempre seguirá siendo una lucha penosa. La pena puede cambiar de naturaleza, pero está siempre presente y es la que distinguirá el trabajo del juego y de otras actividades libres del hombre. Y, desde luego, es éste un elemento que toda teología del trabajo deberá cuidadosamente recoger, a saber, el valor redentor del trabajo realizado en unión con Cristo trabajador. El hombre completa por la pena de su trabajo «lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia».

Pero, precisamente, es sólo por la pena por lo que el hombre se une entonces a Cristo. Y en todo trabajo digno de este nombre no hay más que la pena. Se podría reprochar a esta visión religiosa del trabajo su carácter abstracto. Nos da una «teología de la fatiga», pero no nos presenta una significación integral del trabajo, puesto que deja de lado su aspecto positivo y creador.

Esta concepción, además, está truncada en su misma base. El texto del Génesis a que se refiere, no es el único ni el primero que concierne el trabajo. Incluso antes de la caída, del pecado, el hombre estaba destinado al trabajo (cfr. Génesis, 2,15). Además, el trabajo, lejos de estar presente como un castigo, es, por el contrario, una de las señales que inscriben en la naturaleza humana la imagen viva de Dios.

II.—*Perspectiva creacionista.*

Los Padres Griegos, y, en la época contemporánea, la mayor parte de los pensadores que se han planteado el problema del trabajo, han preferido seguir otro camino. Ven en el trabajo la señal que habla más alto de la semejanza entre el hombre y Dios. Dios creador hizo el hombre a su imagen, le hizo capaz de crear. Lejos de tratar de establecer una competencia entre la actividad creadora de Dios y el trabajo humano, ven en el trabajo la participación constante de la creatura en la obra del Creador: «cuanto más trabaja el hombre, más creador es Dios» (Chenu).

Es superfluo desarrollar este aspecto que tanto eco ha encontrado en todas partes. El trabajador encuentra aquí su título de nobleza.

Cualquiera que sea el objeto de su trabajo, la materia precisa sobre la que se aplica su esfuerzo, puede decir que participa a su manera en la acción creadora de Dios.

¿No es éste, por otra parte, el sentido que se ha de dar a aquella libre decisión de Cristo que se hizo obrero? Cuando los habitantes de Nazaret dirán de él: «El artesano, el hijo del artesano», pensarán, sin duda, en el humilde José, en compañía del cual Jesús aprendió su oficio. Pero de hecho, como más tarde Caifás, ellos «profetizan» a su manera. Porque Cristo ha querido ser la imagen perfecta del Padre. Hijo del Creador ha querido tomar sobre El esta condición humana que prolonga la acción creadora del Padre. Ha sido el hombre perfecto, perfecta imagen y semejanza de Dios, revelación integral del Padre.

Muchos cristianos han encontrado en esta perspectiva un elemento de coraje y entusiasmo para su duro trabajo. Y, sin embargo, es preciso denunciar el carácter igualmente abstracto de esta visión, ahora demasiado optimista, del trabajo humano.

Insuficiente, lo es precisamente, porque hace caso omiso del elemento de pena y de fatiga que lleva consigo todo verdadero trabajo. Pero insuficiente, lo es, sobre todo, porque no considera en el trabajo más que la acción en su principio, sin plantearse ninguna cuestión sobre la obra misma en la que cristaliza el trabajo y sobre el fin que persigue. Decir que queremos trabajar porque Dios ha querido hacer al hombre capaz de trabajar no es una respuesta satisfactoria. Porque hay que tener en cuenta el fin que Dios persigue al hacer al hombre capaz de «participar» en su acción creadora. Al habernos hecho Dios «trabajadores», ¿qué espera El de nuestro trabajo?

Es importante, es verdad, descubrir el sentido de la creación primera. Pero es insuficiente quedarse en esta etapa. No es preciso buscar cuál es el sentido, es decir, el fin del trabajo, y esto en el orden del Plán Cósmico de Dios. Dios no ha creado al mundo sino para recrearlo de nuevo en Jesucristo. ¿No habrá, pues, una relación entre el trabajo y la realización definitiva del Cuerpo de Cristo, única finalidad de la obra del Padre? Dios no ha querido hacer otra cosa que «integrar» todas las cosas en Cristo.

III.—*Perspectiva escatológica.*

Esta preocupación por una visión coherente que se refiere a Cristo, y también, el caer en la cuenta de la insuficiencia de una presentación teológica que confunda el trabajo con toda acción, ha conducido, en época reciente, a los teólogos a buscar en un horizonte escatológico el sentido y la significación última del trabajo humano. Su pregunta es simple, la que se hace el seglar cristiano comprometido profundamente en el trabajo: ¿cuál es la relación entre el trabajo humano y el

Reino de Dios? Reino que se edifica aquí abajo y se revelará en su plenitud al término de la historia.

Pero, en realidad, esta perspectiva comporta dos elementos diferentes. Con demasiada frecuencia se pone de relieve solamente uno de ellos; se tiene en cuenta el trabajo de la humanidad tomado globalmente, desde los orígenes hasta el fin de los tiempos, y se descuida el problema del valor actual del trabajo concreto de cada hombre, el trabajo de cada día.

El punto de vista global es bien conocido. Consiste en hacer una síntesis panorámica de la historia de la técnica desde la más alta antigüedad hasta nuestros días. ¿Cuál es el sentido de este desarrollo?

Es fácil constatar que esta historia señala un progreso constante: progreso menos en el dominio de la naturaleza por parte del hombre que en la alianza progresiva entre la humanidad y las fuerzas naturales. Poco a poco las energías y los recursos naturales han sido domesticados. Han entrado en el contorno cultural del hombre. La naturaleza cesa de ser, para la humanidad, una presencia extraña y hostil. Por el contrario está integrada progresivamente en su historia. Basta comparar la era actual con los tanteos de las técnicas primitivas para convencerse de la realidad de una alianza progresiva entre la naturaleza y la humanidad.

Esta alianza tiene todas las probabilidades de continuar estrechándose y de hacerse, siglo tras siglo más íntima. Más aún, el progreso parece al mismo tiempo irreversible y fatal. La humanidad parece abocada hacia adelante en un esfuerzo que se le escapa, y cuyas motivaciones conscientes no bastan a justificarlo. Parece que estuviéramos imantados por un ideal de comunión total con la naturaleza, que estuviéramos constreñidos a ir hacia una alianza que quisiera ser perfecta.

Y es ahora cuando se nos propone, dejando de lado esta visión panorámica de la historia del trabajo y de la técnica, el referirnos a la enseñanza de la Escritura sobre el Reino del fin de los tiempos.

* * *

Sin duda, la naturaleza misma de este Reino es la perfección de la alianza entre Dios y la humanidad. Dios reinará cuando su soberanía sea reconocida libre y totalmente por los hombres y cuando en contrapartida, Dios pueda vivificar totalmente a la humanidad penetrándola por entero de su vida y de su amor. Pero esta alianza fundamental tiene una doble consecuencia; se traducirá en una doble reconciliación. En primer lugar, la reconciliación de la humanidad, es decir, de todos los hombres entre sí, en el seno de una comunión fraternal verdaderamente universal; Cristo será el centro de esta alianza universal extendida hasta los límites de la humanidad regenerada. Pero

Cristo resucitado será también el principio de otra alianza, la alianza de esta humanidad nueva, con el Universo. En Cristo se operará la reconciliación del hombre con la naturaleza. Esta reconciliación será perfecta y definitiva. Será un dominio integral, sin que se dé resistencia alguna de parte de las cosas en aceptar la ley del espíritu. Será también, para el universo entero, el principio de un orden y de una armonía que el trabajo humano alcanza actualmente a realizar de manera parcial y precaria.

Pero, ¿no es esto bastante para que el trabajo alcance, en esta perspectiva lejana, un valor profético? ¿No es esto, considerado en su desarrollo global, como un anuncio de esta restauración perfecta de la armonía del mundo, de que hablaba el Papa Pío XII? (Radio-mensaje de Navidad 1947.) Tal vez se puede ir más lejos todavía. Hemos notado el carácter casi fatal del progreso técnico, el carácter irreversible del desarrollo. ¿Cuál es, pues, el motor que atrae así a la humanidad hacia el ideal de una alianza total con el Universo? ¿No encontramos aquí una de las señales de esta misteriosa atracción que Cristo resucitado ejerce sobre todos los hombres? «Cuando hubiere sido elevado sobre la tierra atraeré a todos los hombres a Mí» (Juan, 12,32).

Es verdad que si Dios ha querido hacer el hombre a su imagen, es Cristo glorioso quien será así la perfecta semejanza de Dios. En El, en este dominio que ejercerá sobre el Universo, se manifestará plenamente el poder y la sabiduría de Dios. Los hombres no pueden sino dejar entrever algo de este poder y de esta sabiduría por las obras de sus manos. Pero anuncian así al «Hombre del porvenir», el hombre en la plenitud de su estatura que ejercerá sobre el mundo, para el bien del mundo, la soberanía de la que ahora no puede sino manifestar algunas señales precursoras.

Podemos referirnos, a propósito de la obra solidaria de la humanidad, a la frase de Aristóteles: «El pone todo en movimiento, pero es como el término de nuestros deseos». (Metafísica). Pero ahora no se trata ya de una idea o de una inteligencia separada. Es Cristo el Maestro del mundo que es el fin, la meta, la salida concreta del progreso técnico de la humanidad. Ella le señala y le dibuja para quien sabe leer esta «señal de los tiempos» que constituye su trabajo.

* * *

Aquí se plantea una cuestión: Trabajo del hombre, signo precursor de la culminación en Cristo de la humanidad y del cosmos... Sí. Pero esta señal, ¿tiene consistencia y valor propio? ¿No hace sino anunciar lo que vendrá sin poseer una significación en sí misma? Porque si hablamos de progreso, es evidente que la moderna cosechadora relegará rápidamente en el pasado el trillo rudimentario que va

desmenuzando la mies al aire libre sobre la era. Nos sonreiremos de estas ignorancias pasadas; sólo el progreso tendrá una significación en sí mismo; pero la mujer sentada sobre el trillo representará una supervivencia desprovista de todo sentido positivo. Ahora bien, si queremos comprender en una perspectiva cristiana el trabajo de los hombres, nos es preciso encontrar el sentido de *todo* trabajo humano; no podemos despreciar ningún esfuerzo, ninguna pena. No basta decir que en el Reino las esperanzas de todos serán colmadas y que cada uno encontrará dócil este Universo que se esforzó en doblegar al ritmo de sus deseos e intenciones. Es preciso, además, que desde hoy, día tras día, el trabajo tenga un sentido, que ningún esfuerzo sea vano, absurdo, perdido.

Por esto, parece necesario que la reflexión teológica no se contente con la visión cósmica que proponíamos al principio; es preciso, además, tener en cuenta el acto mismo del trabajador, cada uno de sus actos en este proceso concreto que representa la actividad laboral.

La perspectiva global se fija demasiado en las obras sin dar lo suficiente a la acción misma del trabajador. Los partidarios de una visión creacionista consideran esta acción en su principio, sin analizarla en su desarrollo interno.

¿Qué comporta, pues, el acto humano que llamamos trabajo? Cualquiera que sea su objeto, cualquiera que sea su modalidad, podemos distinguir en él dos elementos constitutivos.

* * *

El trabajo es un acto en que el hombre es invitado a «*entregar su vida por amor*». Definición espiritual en apariencia, pero que encierra las realidades más concretas.

Entregar su vida, es aceptar el sacrificio que lleva consigo todo trabajo efectivo. Porque éste será entonces una renuncia en que el hombre dará su tiempo, la fatiga de sus músculos o de su cerebro; una acción en la que tendrá que renunciar a la falta de atención, a la rutina, al capricho, a la irresponsabilidad. El trabajo es en todo caso precisamente lo opuesto a la facilidad, entraña siempre una renuncia de sí mismo. Las formas del mismo son distintas; las condiciones actuales del trabajo lo facilitan en apariencia de manera sorprendente; pero siempre hay, en cualquier clase de trabajo, un compromiso del hombre que se entrega.

¿Y por qué se entrega?, ¡por amor! Pero aquí, es necesario, naturalmente, distinguir; porque si el sacrificio es inevitable, cada uno es *libre* de dar a su trabajo su valor, cada uno es libre de animar su trabajo por un amor positivo, o, por el contrario, de tolerar nada más y de pervertirlo por su egoísmo.

Pero ¿qué clase de amor encarna así en el trabajo del hombre? En primer lugar, amor por sí mismo, porque en la entraña misma de su trabajo está la aspiración a una promoción de sí mismo. Se le invita a subir, a crecer en conciencia, en inteligencia, en sentido de la responsabilidad. Puede aceptar el desafío, o por el contrario, ejecutar maquinalmente su tarea, dejarse dominar por la rutina, la irresponsabilidad. Puede buscar únicamente el entretenimiento, el regateo con el sacrificio que exige de él una verdadera superación de sí mismo.

Amor a los demás, después. Es cierto que todo trabajo, aun el más personal, repercute en la sociedad. Constituye la infraestructura material de una comunidad humana, y es, en definitiva, esta comunidad la que le dará su sentido. Pero no es necesario que esta comunidad, en sentido amplio, esté presente como tal en la conciencia del trabajador. Las condiciones modernas de producción desarrollan una exigencia de trabajo en equipo. Con frecuencia los hombres aceptan con valentía la pena impuesta por el trabajo, por amor, simplemente por sus compañeros de tarea. Pero hay otros, por el contrario, para quienes el trabajo, lejos de convertirse en lazo de unión fraternal entre los asociados, se transforma en un medio de dominación. Hay demasiados que, aun aceptando la dura ley del esfuerzo, no ven en él sino el medio de servirse de otros hombres que ya no son compañeros de equipo en un juego de conjunto, sino sujetos, servidores, esclavos a veces.

Hay, en fin, otra dimensión de este amor a la que no se presta bastante atención de ordinario, y que constituye, sin embargo, la originalidad propia del trabajo como acto humano: el amor a las cosas mismas. Basta con observar a un tornero en su tarea para comprender todo el interés que pone en este trozo de metal que tiene por misión conformar y pulir. No hay más que ver el orgullo de un empresario ante la fábrica que acaba de edificar para comprender que todo trabajo es creador de un orden, de una armonía, de una belleza, y que el hombre que trabaja busca también dar a las cosas mismas más perfección, busca asegurar una liberación de las energías ocultas, hacer el mundo más armonioso y más bello. No hay trabajo eficaz sin amor por la materia objeto del trabajo. Dominar la tierra es darle algo de aquella armonía que los Griegos evocaban cuando hablaban de «COSMOS».

* * *

Dominar la tierra no es poseerla. El trabajador no busca poseer la materia que trabaja. La posesión, la posesión individual entra en el orden del disfrute; es todo lo contrario del destino mismo del trabajo. El hombre que se propone como fin el poseer las cosas, pervierte la

naturaleza real del trabajo; falsea los datos mismos del mundo del trabajo y desnaturaliza la civilización que encuentra en el trabajo colectivo de la humanidad el fundamento de un mundo más armonioso y de una sociedad más fraternal.

Amor en el trabajo, desde el acto más humilde, el más pequeño, hasta las empresa más espectaculares y más boyantes. El trabajo es un acto por el que el hombre es invitado a entregar su vida por amor. El acto puede ser pervertido; pero guarda siempre inscritas en él sus posibilidades objetivas.

La libertad del hombre decide ella sola, en último término, del sentido de su trabajo. Si esta libertad acepta las sollicitaciones del trabajo, si consiente en guardar las reglas del juego, entonces el acto mismo del trabajador cesa de estar desprovisto de significado. Y para el cristiano, se transforma en una de las maneras ofrecidas a los hombres de participar en «el sacrificio espiritual de la humanidad» de que habla San Agustín. El trabajo se convierte en materia de una consagración porque lleva en su entraña una consagración. De ahí que se abre un nuevo camino a la reflexión cristiana sobre el trabajo; es el camino de una meditación sobre la Eucaristía.

* * *

Eucaristía, sacrificio, es verdad; esto es evidente. La Eucaristía es el sacramento del sacrificio espiritual de la humanidad. Es el lugar donde se opera la integración de todos los «sacrificios» de los hombres en el sacrificio de Cristo. De aquí que el acto más humilde del trabajador llega a ser una aportación más en el crecimiento del Cuerpo de Cristo. Cualquiera que sea la obra en la que cristaliza su trabajo, éste queda adscrito a una «obra» más alta: la edificación del Cuerpo de Cristo. Basta para ello que la Caridad sea el alma de su trabajo; y «la Caridad permanece para siempre». Las obras que el trabajo construye son pasajeras. No bastan para justificar el trabajo, para darle un valor y una razón de ser, para el tiempo y la eternidad. Pero esta «Obra» que el obrero realiza en la Caridad, permanece, porque «la Caridad permanece para siempre» (San Pablo 1 Cor. 13,8).

Pero la Eucaristía es también una «cosa», una hostia sobre nuestros altares; no es una cosa «natural» sino más bien una realidad *artificial*, el resultado del trabajo de muchos hombres. Y esta realidad es al mismo tiempo el Cuerpo mismo de Cristo glorioso, resultado final de los esfuerzos de los hombres animados por el Espíritu de Cristo. Es la realidad misma de este Cuerpo que es la Iglesia gloriosa, tal como nos será revelada al fin de los tiempos. «Todavía no se ha manifestado lo que nosotros en realidad somos. Al tiempo de esta manifestación nosotros seremos semejantes a El porque nosotros le vere-

mos como El es» (I Jo., 3,2). Y es la realidad misma de la materia penetrada de la vida de Cristo resucitado, tal como ella será vivificada y transfigurada al fin de los tiempos, cuando ya no habrán más «ni pena ni lágrimas, ni esfuerzo, ni muerte», sino más bien «un firmamento nuevo y una tierra nueva» (Apoc., 21, 1).

En la Eucaristía, es verdad, todo esto no se realiza todavía sino bajo las especies y apariencias del pan y del vino. Pero esto no es sino la señal de que el trabajo del hombre, que trata de descubrir la realidad tras las apariencias, las supera ya para llegar a la construcción progresiva de una realidad única hoy todavía velada. Ahora está en trance de realizarse lo que entonces será manifestado. El trabajo humano deriva su grandeza del papel que desempeña en esta realización progresiva. En la manifestación final encontrará la única recompensa que pueda esperar.